

Blancos

**ADIOS**

**AL VEDADO**

**Por LUIS AMADO BLANCO**

(De la redacción de INFORMACION)

El Vedado está ahí y no está con un pie en el estribo de la despedida, un poco hoy otro poco mañana, para



que la desaparición no se note y la marcha sea menos dolorosa. Pero se va, se esfuma hacia el cementerio del recuerdo histórico, hacia las páginas amarillas de los álbumes de fotografías, para las conversaciones de los ancianos y los ayes de dolor de los sentimentales.

El Vedado era un gran barrio señorial de los primeros años de la República, donde se estrenó la diplomacia criolla de la vida libre, feliz e independiente, y en cuyas calles se fumaron los primeros vengueros de Cuba para los cubanos, con la bandera de la Estrella solitaria en la brisa fuerte del Morro. Por allí se celebraron los primeros saraos de una vida normal y patrióticamente encauzada y por allí edificaron sus mansiones los primeros gallegos que por muchas razones del espíritu y la materia anhelaban dejarle a la ferrosa tierra, el abono espiritual de sus cenizas y de sus dineros. El Vedado fué testigo del nacimiento de una aristocracia que enriquecía sus palacios con bellos muebles y objetos de arte traídos de París, con el hambre de incorporarse a la cultura del mundo. Tenía el encanto de su juventud sin experiencia, pero el señorío también de toda una tradición de sangre por la sangre vertida. Se mostraba sentimental a la caída de la tarde, con el pausado mecer de sus innumerables mecedoras, bajo las nubes multicolores del poniente, y a veces se enfadaba de grises para la seriedad de los descontentos políticos, por aquello de que "Martí no debió de morir, no debió de morir". Era un

museo y a la vez una norma de vida, un hogar de aspiraciones nacionales y al mismo tiempo una fragua donde el hierro del mañana se forjaba al rojo blanco de las estrellas, en las desveladas nocturnas, cuando la frente sueña con un mañana mejor para todos los hijos.

Por aquel entonces, los arquitectos entendían un mucho del tiempo, de la brisa y de los ciclones, de las apatencias semitropicales de nuestra vida hecha para el trabajo y el abandono, para el bullicio de la sangre y para el reposo de lo hecho y lo gastado por los compases de espera. Las bellas columnas, las hermosas arcadas, los techos altos, más que para el fresco para la diaria comida de vital espacio que precisaba el cubano recién entrado como tal en los Ministerios del Mundo. Había que ser, crearse una personalidad, y los constructores de casas meditaban sobre los usos y costumbres de la Isla antes de trazar una línea de los nuevos planos. Y así, el Vedado, iba creciendo en la armonía y la verdad de todos, conjunto y resumen de una existencia ordenada con los ojos de la fantasía vueltos del revés, hacia la entraña, hacia la raíz y el motivo principal de las esperanzas.

Los jardineros cuidaban de la trasudación y la delicia de la sombra, no solo para los habitantes sino para los transeuntes, en la cristiana idea de acoger a los peregrinos quemados por el bravo sol de los estíos. En el Vedado, por esta razón de oxígeno vegetal, se respiraba mejor, se dormía más a gusto, y se calmaban los nervios de la congoja del sudor, frente a las hojas siempre verdes de los árboles, detrás de las verjas y en las calles, como soldados bienhechores para las batallas del sol, en una invención unitaria de la brisa, cabe las copas del ramaje como pulmones para un grado menos.

Ahora, sin dejar rastro de su magnífico paso, con la cola semi recogida y el moño alto, ceremoniosas reverencias y respetuosos acatamientos, el Vedado se va a punta de piqueta y a punta de poda, sustituyendo los palacios por absurdas casas de apartamentos, y los frondosos árboles hospitalarios, por maticas de adelfas para la tumba de la asfixia. Nadie piensa si estas modernas casas sirven para nuestra vida y felicidad, sino en renta por metro



cúbico, aunque este disgustado morir encerrado en menos, no des-  
 emboque fatalmente en tremendas  
 revoluciones. Ningún arquitecto  
 piensa en la razón hondísima de  
 aquella arquitectura jovialmente  
 republicana, en la causa y mo-  
 tivo de sus líneas en una global  
 política razonable para la patria,  
 y dándole de espaldas a la estili-  
 zación, a la ordenación actual de  
 aquellas formidables razones por  
 las que vino al mundo nada me-  
 nos que la Patria misma, se de-  
 dican a fusilar la fabricación en  
 serie de cualquier parte, leván-  
 tando el monumento bárbaro de  
 nuestro ingrato hoy, sobre las rui-  
 nas forzadas de un aver funda-  
 mentalmente respetable. El ar-  
 quitecto, y por lo tanto las or-  
 denanzas municipales en evita-  
 ción de la rapiña individualista,  
 deberían prever estas cuestiones  
 para que dentro de algunos cortos  
 años el Vedado no se esfume en  
 utilitarismo sin utilidad, sin dejar  
 espuma de una existencia auténti-

camente nuestra, desde el viejo  
 machete arrinconado, hasta el lo-  
 co Central de la Primera Guerra  
 grande, con su triste rebaño de  
 vacas famélicas.

Las piedras pueden mucho y ha-  
 blan muy alto a los corazones. Un  
 paseo por el Vedado era, hasta  
 hace poco, una lección de cuba-  
 nidad, una explicación de muchas  
 cosas hechas y otras muchas por  
 hacer en progresión de avance.  
 Dentro de algunos meses, sobre  
 ese nuevo barrio fantasma que es-  
 tá naciendo, barrio de cualquier  
 lugar menos de Cuba, los profes-  
 ores de historia de las Escuelas  
 y de los Institutos se verán y se  
 desearán para que los alumnos  
 comprendan lo que fué el país en  
 la primera mitad del siglo veinte,  
 algo así como si en España se  
 pretendiera explicar el Califato de  
 Córdoba, con una Córdoba del  
 novecientos sobre la ciudad de mi-  
 naretes y celosías.

Ya sabemos que todo es inútil,  
 pero al fin y al cabo, cronistas de  
 nuestro tiempo, queremos dejar  
 constancia de este malestar, ya  
 que hemos aprendido, con Spén-  
 cer y con los años, que sólo las  
 piedras ordenadas en fabricación,  
 saben y proclaman el por qué y  
 para qué de nuestra vida.

*Conf., Jul 25/01*

